



León Tolstói

¿Cuánta Tierra
Necesita Un
Hombre?



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

¿CUÁNTA TIERRA NECESITA UN HOMBRE?

LEÓN TOLSTÓI

PUBLICADO: 1886
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

I

Una hermana mayor vino a visitar a su hermana menor al campo. La mayor estaba casada con un comerciante de la ciudad y la menor con un campesino del pueblo. Mientras las hermanas se sentaban a tomar el té, la mayor comenzó a presumir de las ventajas de la vida en la ciudad: decía lo cómodamente que vivían allí, lo bien que se vestían, la buena ropa que llevaban sus hijos, las cosas buenas que comían y bebían, y cómo iba al teatro, a los paseos y a las diversiones.

La hermana menor se sintió molesta y, a su vez, menospreció la vida de un comerciante y defendió la de un campesino.

"No cambiaría mi modo de vida por el tuyo", dijo. "Puede que vivamos mal, pero al menos estamos libres de preocupaciones. Vosotros vivís mejor que nosotros, pero aunque a menudo ganáis más de lo que necesitáis, es muy probable que perdáis todo lo que tenéis. Conoces el proverbio: 'Pérdida y ganancia son hermanos gemelos'. A menudo sucede que las personas que son ricas un día están mendigando su pan al día siguiente. Nuestro camino es más seguro. Aunque la vida de un campesino no es abundante, es larga. Nunca nos haremos ricos, pero siempre tendremos suficiente para comer".

Dijo la hermana mayor con sorna:

"¿Suficiente? Sí, si quieres compartir con los cerdos y los terneros. ¿Qué sabes tú de elegancia o de modales? Por mucho que tu buen hombre se esclavice, morirás como estás viviendo, en un montón de estiércol, y tus hijos igual".

"Bueno, ¿y qué hay de eso?", respondió el más joven. "Claro que nuestro trabajo es duro y tosco. Pero, por otra parte, es seguro; y no necesitamos inclinarnos ante nadie. Pero vosotros, en vuestras ciudades, estáis rodeados de tentaciones; hoy todo puede estar bien, pero mañana el Maligno puede tentar a vuestro marido con las cartas, el vino o las mujeres, y todo se irá al garete. ¿No ocurren estas cosas con bastante frecuencia?"

Pahóm, el amo de la casa, estaba tumbado encima del horno, y escuchaba la charla de las mujeres.

"Es perfectamente cierto", pensó. "Ocupados como estamos desde la infancia labrando la madre tierra, los campesinos no tenemos tiempo para dejar que ninguna tontería se instale en nuestras cabezas. Nuestro único problema es que no tenemos suficiente tierra. Si yo tuviera mucha tierra, no temería al mismísimo diablo".

Las mujeres terminaron el té, charlaron un rato sobre la vestimenta y luego recogieron las cosas del té y se acostaron a dormir.

Pero el Diablo había estado sentado detrás del horno y había oído todo lo que se decía. Se alegró de que la mujer del campesino hubiera inducido a su marido a presumir, y de que éste dijera que, si tenía muchas tierras, no temería al mismo diablo.

"Muy bien", pensó el Diablo. "Tendremos una pelea. Te daré suficiente tierra; y por medio de esa tierra te pondré en mi poder".

II

Cerca del pueblo vivía una señora, pequeña terrateniente, que tenía una finca de unas trescientas hectáreas[1]. Siempre había vivido en buenos términos con los campesinos, hasta que contrató como mayordomo a un viejo soldado, que se dedicó a cargar a la gente con multas. Por mucho que Pahóm tratara de ser cuidadoso, una y otra vez ocurría que un caballo suyo se metía en la avena de la señora, o una vaca se extraviaba en su jardín, o sus terneros se colaban en sus prados, y siempre tenía que pagar una multa.

Pahóm pagaba, pero refunfuñaba y, al volver a casa de mal humor, se ponía duro con su familia. Durante todo aquel verano, Pahóm tuvo muchos problemas por culpa de este mayordomo; e incluso se alegró cuando llegó el invierno y hubo que estabular el ganado. Aunque le molestaba el forraje cuando ya no podían pastar en los prados, al menos no tenía que preocuparse por ellos.

En invierno se supo que la señora iba a vender sus tierras y que el dueño de la posada de la carretera estaba negociando por ellas. Cuando los campesinos se enteraron, se alarmaron mucho.

"Si el dueño de la posada se queda con las tierras, nos va a poner multas peores que las del mayordomo de la señora. Todos dependemos de esa finca".

Así que los campesinos acudieron en nombre de su Comuna y pidieron a la señora que no vendiera la tierra al posadero, ofreciéndole ellos mismos un mejor precio por ella. La señora accedió a dejárselas. Entonces los campesinos intentaron que la Comuna comprara toda la finca, para que fuera de

todos. Se reunieron dos veces para discutirlo, pero no pudieron resolver el asunto; el Maligno sembró la discordia entre ellos, y no pudieron ponerse de acuerdo. Así que decidieron comprar la tierra individualmente, cada uno según sus posibilidades; y la señora aceptó este plan como había aceptado el otro.

Al poco tiempo, Pahóm se enteró de que un vecino suyo estaba comprando cincuenta acres, y que la señora había consentido en aceptar una mitad al contado y esperar un año por la otra mitad. Pahóm sintió envidia.

"Mira", pensó, "toda la tierra se vende, y yo no obtendré nada de ella". Entonces habló con su mujer.

"Otra gente está comprando", dijo, "y nosotros también debemos comprar unas veinte hectáreas. La vida se está volviendo imposible. Ese administrador no hace más que aplastarnos con sus multas".

Así que se pusieron a pensar en cómo podrían comprarla. Tenían cien rublos guardados. Vendieron un potro y la mitad de sus abejas; contrataron a uno de sus hijos como jornalero y le adelantaron el sueldo; pidieron prestado el resto a un cuñado, y así reunieron la mitad del dinero para la compra.

Una vez hecho esto, Pahóm eligió una granja de cuarenta acres, algunos de ellos boscosos, y se dirigió a la señora para negociar por ella. Llegaron a un acuerdo y él le dio la mano y le pagó un anticipo. Luego fueron a la ciudad y firmaron las escrituras; él pagó la mitad del precio y se comprometió a pagar el resto en dos años.

Ahora Pahóm tenía su propia tierra. Pidió prestada la semilla y la sembró en la tierra que había comprado. La cosecha fue buena, y en un año consiguió saldar sus deudas con la señora y con su cuñado. Así que se convirtió en un terrateniente, que araba y sembraba su propia tierra, hacía heno en su propio terreno, cortaba sus propios árboles y alimentaba a su ganado en sus propios pastos. Cuando salía a arar sus campos, o a contemplar el maíz que crecía, o sus praderas, su corazón se llenaba de alegría. La hierba que crecía y las flores que florecían allí le parecían diferentes a las que crecían en otros lugares. Antes, cuando había pasado por aquella tierra, le había parecido igual que cualquier otra, pero ahora le parecía muy diferente.

[1] 120 desyatines. La desyatina es propiamente 2,7 acres, pero en esta historia se utilizan números redondos.

III

Así que Pahóm estaba satisfecho, y todo habría ido bien si los campesinos vecinos no hubieran invadido sus campos de maíz y sus prados. Se dirigió a ellos muy civilizadamente, pero siguieron adelante: ahora los pastores comunales dejaban que las vacas del pueblo se perdieran en sus prados; luego los caballos de los pastos nocturnos se metían en su maíz. Pahóm los expulsó una y otra vez, y perdonó a sus dueños, y durante mucho tiempo se abstuvo de perseguir a ninguno. Pero al final perdió la paciencia y se quejó ante el Tribunal de Distrito. Sabía que la causa de los problemas era la falta de tierras de los campesinos, y que no había ninguna mala intención por su parte, pero pensó:

"No puedo seguir pasándolo por alto, o destruirán todo lo que tengo. Hay que darles una lección".

Así que los hizo subir, les dio una lección, y luego otra, y dos o tres de los campesinos fueron multados. Al cabo de un tiempo, los vecinos de Pahóm empezaron a guardarle rencor por ello, y de vez en cuando dejaban entrar su ganado en sus tierras a propósito. Un campesino llegó a entrar en el bosque de Pahóm por la noche y cortó cinco tilos jóvenes por su corteza. Un día, Pahóm pasó por el bosque y vio algo blanco. Se acercó y vio los troncos despojados tirados en el suelo, y cerca de ellos estaban los tocones, donde había estado el árbol. Pahóm se puso furioso.

"Si sólo hubiera cortado uno aquí y otro allá, ya habría sido bastante malo", pensó Pahóm, "pero ese bribón ha cortado un grupo entero. Si pudiera averiguar quién ha hecho esto, le haría pagar".

Se devanó los sesos para saber quién podría ser. Finalmente se decidió: "Debe ser Simon, nadie más podría haberlo hecho". Así que fue a la casa de Simón para echar un vistazo, pero no encontró nada, y sólo tuvo una escena de enfado. Sin embargo, ahora estaba más seguro que nunca de que Simón lo había hecho, y presentó una denuncia. Simón fue citado. El caso se juzgó y se volvió a juzgar, y al final Simón fue absuelto, ya que no había pruebas contra él. Pahóm se sintió aún más agraviado, y desató su ira contra el Anciano y los Jueces.

"Dejáis que los ladrones os engrasen las palmas", dijo. "Si fuerais gente honrada, no dejaríais libre a un ladrón".

Así que Pahóm se peleó con los jueces y con sus vecinos. Comenzaron a proferirse amenazas de quemar su edificio. Así que, aunque Pahóm tenía más tierras, su lugar en la Comuna era mucho peor que antes.

Por aquel entonces corrió el rumor de que mucha gente se estaba mudando a otras partes.

"No hay necesidad de que deje mi tierra", pensó Pahóm. "Pero algunos de los otros podrían dejar nuestra aldea, y entonces habría más espacio para nosotros. Yo mismo me haría cargo de sus tierras y ampliaría mi propiedad. Así podría vivir más a gusto. Tal y como están las cosas, todavía estoy demasiado apretado para estar cómodo".

Un día Pahóm estaba sentado en su casa, cuando un campesino que pasaba por el pueblo, pasó por allí. Se le permitió pasar la noche y se le dio de cenar. Pahóm conversó con este campesino y le preguntó de dónde venía. El forastero respondió que venía de más allá del Volga, donde había estado trabajando. Una palabra llevó a otra, y el hombre continuó diciendo que mucha gente se estaba asentando en esos lugares. Contó que algunas personas de su pueblo se habían instalado allí. Se habían unido a la Comuna y les habían concedido veinticinco acres por hombre. La tierra era tan buena, dijo, que el centeno que se sembraba en ella crecía tan alto como un caballo, y era tan espeso que cinco cortes de hoz hacían una gavilla. Un campesino, dijo, no había traído nada más que sus manos desnudas, y ahora tenía seis caballos y dos vacas propias.

El corazón de Pahóm se encendió de deseo. Pensó:

"¿Por qué debo sufrir en este estrecho agujero, si se puede vivir tan bien en otro lugar? Venderé mis tierras y mi casa aquí, y con el dinero empezaré de nuevo allí y tendré todo nuevo. En este lugar abarrotado uno siempre tiene problemas. Pero primero debo ir y averiguar todo por mí mismo".

Hacia el verano se preparó y partió. Bajó por el Volga en un barco de vapor hasta Samára, luego caminó otras trescientas millas a pie, y por fin llegó al lugar. Era tal y como había dicho el forastero. Los campesinos tenían mucha tierra: cada hombre disponía de veinticinco acres de tierra comunal para su uso, y cualquiera que tuviera dinero podía comprar, además, a dos chelines el acre[2] toda la tierra buena de propiedad absoluta que quisiera.

Después de averiguar todo lo que quería saber, Pahóm regresó a su casa al llegar el otoño y comenzó a vender sus pertenencias. Vendió sus tierras con beneficio, vendió su granja y todo su ganado, y se retiró de la membresía de la Comuna. Sólo esperó hasta la primavera, y entonces partió con su familia hacia el nuevo asentamiento.

[2] Tres rublos por desyatina.

IV

Tan pronto como Pahóm y su familia llegaron a su nueva morada, solicitó la admisión en la comuna de un gran pueblo. Se presentó ante los ancianos y obtuvo los documentos necesarios. Se le concedieron cinco cuotas de tierra comunal para su uso y el de sus hijos: es decir, 125 acres (no todos juntos, sino en diferentes campos) además del uso de los pastos comunales. Pahóm construyó los edificios que necesitaba y compró ganado. Sólo de la tierra comunal tenía tres veces más que en su antigua casa, y la tierra era buena para el maíz. Estaba diez veces mejor que antes. Tenía mucha tierra cultivable y pastos, y podía tener tantas cabezas de ganado como quisiera.

Al principio, en el ajetreo de construir y establecerse, Pahóm estaba contento con todo aquello, pero cuando se acostumbró empezó a pensar que incluso aquí no tenía suficiente tierra. El primer año sembró trigo en su parte de la tierra comunal y tuvo una buena cosecha. Quiso seguir sembrando trigo, pero no tenía suficiente tierra comunal para ello, y la que ya había utilizado no estaba disponible; porque en esas partes el trigo sólo se siembra en tierra virgen o en barbecho. Se siembra durante uno o dos años, y luego la tierra queda en barbecho hasta que vuelve a estar cubierta de hierba de pradera. Eran muchos los que querían esas tierras y no había suficientes para todos, por lo que la gente se peleaba por ellas. Los más acomodados la querían para cultivar trigo, y los pobres, para alquilarla a los traficantes, a fin de obtener dinero para pagar sus impuestos. Pahóm quería sembrar más trigo, así que alquiló la tierra a un comerciante durante un año. Sembró mucho trigo y tuvo una buena cosecha, pero la tierra estaba demasiado lejos de la aldea: había que acarrear el trigo más de diez millas. Al cabo de un tiempo,

Pahóm se dio cuenta de que algunos campesinos traficantes vivían en fincas separadas y se estaban enriqueciendo; y pensó:

"Si comprara un terreno libre y tuviera una granja en él, sería una cosa totalmente diferente. Entonces todo sería bonito y compacto".

La cuestión de la compra de un terreno libre se le planteaba una y otra vez.

Durante tres años continuó de la misma manera, alquilando tierras y sembrando trigo. Las temporadas resultaron ser buenas y las cosechas también, de modo que empezó a acumular dinero. Podría haber seguido viviendo felizmente, pero se cansó de tener que alquilar cada año las tierras de otros y de tener que luchar por ellas. Allí donde había buenas tierras, los campesinos se lanzaban a por ellas y las ocupaban enseguida, de modo que, a menos que fueras avisado, no conseguías ninguna. Al tercer año, él y un comerciante alquilaron juntos un pedazo de tierra de pastoreo a unos campesinos, y ya la habían arado, cuando hubo una disputa, y los campesinos acudieron a la justicia, y las cosas se complicaron de tal manera que todo el trabajo se perdió.

"Si fuera mi propia tierra", pensó Pahóm, "sería independiente y no habría todo este malestar".

Así que Pahóm empezó a buscar tierras que pudiera comprar; y se encontró con un campesino que había comprado mil quinientas hectáreas, pero que al tener dificultades estaba dispuesto a venderlas de nuevo a bajo precio. Pahóm negoció y regateó con él, y al final fijaron el precio en mil quinientos rublos, una parte al contado y otra a pagar más tarde. El asunto estaba prácticamente resuelto cuando un comerciante que pasaba por allí se detuvo un día en casa de Pahóm para comprar pienso para su caballo. Tomó té con Pahóm y hablaron. El comerciante dijo que acababa de regresar de la tierra de los bashkir, muy lejos, donde había comprado trece mil acres de tierra por mil rublos. Pahóm le preguntó más, y el comerciante dijo

"Basta con hacerse amigo de los jefes. Regalé unos cien rublos" en batas y alfombras, además de una caja de té, y di vino a los que quisieron beberlo; y conseguí la tierra por menos de dos peniques el acre[3]. Y le mostró a Pahóm los títulos de propiedad, diciendo:

"La tierra está cerca de un río, y toda la pradera es suelo virgen".

Pahóm le hizo muchas preguntas y el comerciante le dijo:

"Allí hay más tierra de la que podrías cubrir si caminaras un año, y toda ella pertenece a los bashkir. Son tan simples como las ovejas, y la tierra se puede conseguir casi por nada".

"Ahora bien", pensó Pahóm, "con mis mil rublos, ¿por qué habría de conseguir sólo mil trescientos acres, y cargar con una deuda además? Si lo saco fuera, puedo conseguir más de diez veces más por el dinero".

[3] Cinco kopeks por desyatina.

V

Pahóm preguntó cómo llegar al lugar, y en cuanto el comerciante le dejó, se preparó para ir él mismo. Dejó a su mujer al cuidado de la casa y emprendió el viaje con su hombre. Se detuvieron en un pueblo en el camino y compraron una caja de té, algo de vino y otros regalos, como les había aconsejado el comerciante. Siguieron adelante hasta haber recorrido más de trescientas millas, y al séptimo día llegaron a un lugar en el que los bashkires habían levantado sus tiendas. Todo era tal y como había dicho el comerciante. El pueblo vivía en la estepa, junto a un río, en tiendas cubiertas de fieltro[4]. No cultivaban la tierra ni comían pan. El ganado y los caballos pastaban en manadas en la estepa. Los potros estaban atados detrás de las tiendas y las yeguas eran conducidas hasta ellas dos veces al día. Las yeguas eran ordeñadas y de la leche se hacía el kumiss. Las mujeres preparaban el kumiss y también el queso. En cuanto a los hombres, lo único que les importaba era beber kumiss y té, comer cordero y tocar la pipa. Eran todos corpulentos y alegres, y durante todo el verano no pensaron en hacer ningún trabajo. Eran bastante ignorantes y no sabían ruso, pero tenían bastante buen carácter.

En cuanto vieron a Pahóm, salieron de sus tiendas y se reunieron en torno a su visitante. Encontraron un intérprete y Pahóm les dijo que había venido por unas tierras. Los bashkírs parecían muy contentos; cogieron a Pahóm y lo llevaron a una de las mejores tiendas, donde le hicieron sentarse en unos cojines de plumón colocados sobre una alfombra, mientras ellos se sentaban a su alrededor. Le dieron té y kumiss, e hicieron matar una oveja y le dieron cordero para comer. Pahóm sacó regalos de su carro y los distribuyó entre

los bashkírs, y repartió entre ellos el té. Los bashkírs estaban encantados. Hablaron mucho entre ellos y luego le dijeron al intérprete que tradujera.

"Quieren decirte", dijo el intérprete, "que les gustas, y que es nuestra costumbre hacer todo lo posible para complacer a un invitado y recompensarle por sus regalos. Nos habéis hecho regalos, ahora decidnos qué cosas de las que poseemos os agradan más, para que os las presentemos."

"Lo que más me agrada aquí", respondió Pahóm, "es vuestra tierra. Nuestra tierra está abarrotada, y el suelo está agotado; pero vosotros tenéis mucha tierra y es buena. Nunca he visto una igual".

El intérprete tradujo. Los bashkires hablaron entre ellos durante un rato. Pahóm no pudo entender lo que decían, pero vio que se divertían mucho y que gritaban y reían. Luego guardaron silencio y miraron a Pahóm mientras el intérprete decía:

"Quieren que te diga que a cambio de tus regalos te darán con gusto toda la tierra que quieras. Sólo tenéis que señalarla con la mano y será vuestra".

Los bashkírs volvieron a hablar un rato y empezaron a discutir. Pahóm preguntó sobre qué discutían, y el intérprete le dijo que algunos de ellos pensaban que debían preguntar a su Jefe sobre la tierra y no actuar en su ausencia, mientras que otros pensaban que no era necesario esperar a su regreso.

[4] Llamadas Kibitkas

VI

Mientras los bashkírs discutían, apareció en escena un hombre con un gran gorro de piel de zorro. Todos guardaron silencio y se pusieron en pie. El intérprete dijo: "Este es nuestro Jefe en persona".

Pahóm trajo inmediatamente la mejor bata y cinco libras de té, y se las ofreció al Jefe. El jefe los aceptó y se sentó en el lugar de honor. Los bashkírs empezaron a contarle algo. El jefe escuchó un rato, luego hizo una señal con la cabeza para que se callaran y, dirigiéndose a Pahóm, dijo en ruso

"Bien, que así sea. Elige el trozo de tierra que quieras; tenemos mucha".

"¿Cómo puedo tomar todo lo que quiera?", pensó Pahóm. "Tengo que conseguir una escritura para asegurarlo, o si no pueden decir: "Es tuyo", y después pueden volver a quitártelo".

"Gracias por tus amables palabras", dijo en voz alta. "Usted tiene muchas tierras, y yo sólo quiero un poco. Pero me gustaría estar seguro de qué parte es mía. ¿No podría medirse y entregarse a mí? La vida y la muerte están en manos de Dios. Vosotros, buena gente, me la dais, pero vuestros hijos podrían querer quitármela de nuevo".

"Tienes toda la razón", dijo el jefe. "Te lo haremos llegar".

"He oído que un comerciante ha estado aquí", continuó Pahóm, "y que también le disteis un poco de tierra y firmasteis títulos de propiedad a tal efecto. Me gustaría que se hiciera de la misma manera".

El jefe comprendió.

"Sí", respondió, "eso se puede hacer muy fácilmente. Tenemos un escribano, e iremos a la ciudad con usted y haremos que la escritura esté debidamente sellada".

"¿Y cuál será el precio?", preguntó Pahóm.

"Nuestro precio es siempre el mismo: mil rublos al día".

Pahóm no entendió.

"¿Un día? ¿Qué medida es esa? ¿Cuántas hectáreas serían?"

"No sabemos cómo calcularlo", dijo el jefe. "Lo vendemos por días. Todo lo que puedas recorrer a pie en un día es tuyo, y el precio es de mil rublos al día".

Pahóm se sorprendió.

"Pero en un día se puede recorrer una gran extensión de terreno", dijo.

El jefe se rió.

"¡Será todo tuyo!", dijo. "Pero hay una condición: Si no regresas el mismo día al punto de partida, pierdes el dinero".

"¿Pero cómo voy a marcar el camino que he recorrido?"

"Bueno, iremos al lugar que quieras y nos quedaremos allí. Debes partir de ese lugar y hacer tu ronda, llevando una pala contigo. Donde creas necesario, haz una marca. En cada curva, cavad un hoyo y amontonad la hierba; después daremos la vuelta con un arado de hoyo en hoyo. Podéis hacer un circuito tan grande como queráis, pero antes de que se ponga el sol debéis volver al lugar del que partisteis. Toda la tierra que cubras será tuya".

Pahóm estaba encantado. Se decidió comenzar temprano a la mañana siguiente. Hablaron un rato, y después de beber un poco más de kumiss y comer más cordero, volvieron a tomar el té, y luego llegó la noche. Le dieron a Pahóm un lecho de plumas para que durmiera, y los bashkírs se dispersaron para pasar la noche, prometiendo reunirse a la mañana siguiente al amanecer y cabalgar antes de la salida del sol hacia el lugar señalado.

VII

Pahóm se tumbó en el lecho de plumas, pero no pudo dormir. No dejaba de pensar en la tierra.

"¡Qué gran extensión voy a marcar!", pensó. "Puedo hacer fácilmente treinta y cinco millas en un día. Los días son largos ahora, y en un circuito de treinta y cinco millas ¡qué cantidad de tierra habrá! Venderé las tierras más pobres o las alquilaré a los campesinos, pero escogeré las mejores y las cultivaré. Compraré dos yuntas de bueyes y contrataré a otros dos jornaleros. Unos 150 acres serán de tierra de labranza, y en el resto pastorearé el ganado".

Pahóm estuvo despierto toda la noche, y sólo se durmió justo antes del amanecer. Apenas se le cerraron los ojos cuando tuvo un sueño. Creyó que estaba acostado en la misma tienda y escuchó a alguien riéndose afuera. Se preguntó quién podría ser, se levantó y salió, y vio al Jefe Bashkír sentado frente a la tienda sujetándose el costado y revolcándose de risa. Acercándose al Jefe, Pahóm preguntó: "¿De qué te ríes?" Pero vio que ya no era el Jefe, sino el traficante que se había detenido recientemente en su casa y le había hablado de la tierra. Justo cuando Pahóm iba a preguntar: "¿Llevas mucho tiempo aquí?", vio que no era el comerciante, sino el campesino que había subido desde el Volga, hace mucho tiempo, a la antigua casa de Pahóm. Luego vio que tampoco era el campesino, sino el mismísimo Diablo con pezuñas y cuernos, sentado y riéndose, y delante de él yacía un hombre descalzo, postrado en el suelo, con sólo unos pantalones y una camisa. Y Pahóm soñó que miraba con más atención para ver qué clase de hombre era

el que yacía allí, y vio que el hombre estaba muerto, ¡y que era él mismo!
Se despertó horrorizado.

"Qué cosas sueña uno", pensó.

Miró a su alrededor y vio, a través de la puerta abierta, que estaba amaneciendo.

"Es hora de despertarlos", pensó. "Deberíamos ponernos en marcha".

Se levantó, despertó a su hombre (que estaba durmiendo en su carro), le ordenó que se arrearara y fue a llamar a los bashkir.

"Es hora de ir a la estepa para medir la tierra", dijo.

Los bashkírs se levantaron y se reunieron, y el jefe también vino. Entonces empezaron a beber kumiss de nuevo, y ofrecieron a Pahóm un poco de té, pero éste no quiso esperar.

"Si hemos de irnos, hagámoslo. Ya es hora", dijo.

VIII

Los bashkírs se prepararon y todos se pusieron en marcha: unos montados a caballo y otros en carros. Pahóm iba en su propio carro pequeño con su criado, y llevaba una pala. Cuando llegaron a la estepa, el rojo de la mañana empezaba a encenderse. Subieron a una colina (llamada por los bashkírs un shikhan) y, desmontando de sus carros y sus caballos, se reunieron en un punto. El jefe se acercó a Pahóm y extendió el brazo hacia la llanura:

"Mira", dijo, "todo esto, hasta donde alcanza tu vista, es nuestro. Puedes quedarte con la parte que quieras".

A Pahóm le brillaron los ojos: todo era tierra virgen, tan plana como la palma de la mano, tan negra como la semilla de una amapola, y en los huecos crecían diferentes tipos de hierbas hasta el pecho.

El jefe se quitó el gorro de piel de zorro, lo colocó en el suelo y dijo:

"Esta será la marca. Empezad desde aquí y volved aquí. Toda la tierra que recorras será tuya".

Pahóm sacó su dinero y lo puso sobre la gorra. Luego se quitó la capa exterior, quedándose con la capa interior sin mangas. Se desabrochó la faja y se la ató por debajo del vientre, metió una bolsita de pan en el pecho de su abrigo, y atando un frasco de agua a su faja, se subió la parte superior de las botas, tomó la pala de su hombre y se dispuso a partir. Consideró durante unos instantes el camino que más le convenía tomar: la tentación estaba en todas partes.

"No importa", concluyó, "iré hacia el sol naciente".

Volvió la cara hacia el este, se estiró y esperó a que el sol apareciera por encima del borde.

"No debo perder tiempo", pensó, "y es más fácil caminar mientras aún está fresco".

Los rayos del sol apenas se habían asomado por el horizonte, antes de que Pahóm, con la pala al hombro, bajara a la estepa.

Pahóm comenzó a caminar ni lenta ni rápidamente. Después de haber recorrido mil metros se detuvo, cavó un hoyo y colocó trozos de césped uno sobre otro para hacerlo más visible. Luego continuó; y ahora que se había quitado la rigidez, aceleró el paso. Al cabo de un rato cavó otro agujero.

Pahóm miró hacia atrás. A la luz del sol se veía claramente la loma, con la gente sobre ella y el brillo de los neumáticos de las ruedas de carro. Pahóm llegó a la conclusión de que había caminado tres millas. Cada vez hacía más calor; se quitó el abrigo interior, se lo echó al hombro y volvió a seguir. Ahora hacía bastante calor; miró al sol, era hora de pensar en el desayuno.

"El primer turno ya está hecho, pero hay cuatro en un día, y es demasiado pronto todavía para girar. Pero me quitaré las botas", se dijo.

Se sentó, se quitó las botas, se las metió en la faja y siguió adelante. Ahora era fácil caminar.

"Seguiré otras tres millas", pensó, "y luego giraré a la izquierda. El lugar es tan bueno que sería una pena perderlo. Cuanto más se avanza, mejor parece el terreno".

Siguió recto durante un rato, y cuando miró a su alrededor, la loma apenas se veía y la gente que había en ella parecía hormigas negras, y sólo podía ver algo que brillaba allí bajo el sol.

"Ah", pensó Pahóm, "ya he ido bastante lejos en esta dirección, es hora de dar la vuelta. Además, estoy sudando mucho y tengo mucha sed".

Se detuvo, cavó un gran agujero y amontonó trozos de césped. Luego desató su petaca, bebió un trago y giró bruscamente hacia la izquierda. Siguió y siguió; la hierba era alta y hacía mucho calor.

Pahóm empezó a cansarse: miró al sol y vio que era mediodía.

"Bueno", pensó, "debo descansar".

Se sentó, y comió un poco de pan y bebió un poco de agua; pero no se acostó, pensando que si lo hacía podría quedarse dormido. Después de sentarse un rato, volvió a ponerse en marcha. Al principio caminó con facilidad: la comida le había fortalecido; pero hacía un calor terrible, y se sentía somnoliento; aun así, siguió adelante, pensando: "Una hora para sufrir, una vida para vivir".

Recorrió un largo trecho también en esta dirección, y estaba a punto de girar de nuevo a la izquierda, cuando percibió una hondonada húmeda: "Sería una pena dejar eso de lado", pensó. "El lino iría bien allí". Así que siguió pasando la hondonada, y cavó un agujero al otro lado de la misma antes de doblar la esquina. Pahóm miró hacia la loma. El calor hacía que el aire fuera brumoso: parecía estar temblando, y a través de la bruma apenas se podía ver a la gente de la loma.

"¡Ah!", pensó Pahóm, "he hecho los lados demasiado largos; debo hacer este más corto". Y avanzó por el tercer lado, pisando más rápido. Miró el sol: estaba casi a la mitad del horizonte, y aún no había hecho dos millas del tercer lado de la plaza. Todavía le faltaban diez millas para llegar a la meta.

"No", pensó, "aunque mi terreno quede torcido, debo apresurarme a volver en línea recta ahora. Podría ir demasiado lejos, y tal como están las cosas, tengo mucho terreno".

Así que Pahóm se apresuró a cavar un hoyo, y giró en línea recta hacia la loma.

IX

Pahóm se dirigió directamente hacia la loma, pero ahora caminaba con dificultad. Estaba agotado por el calor, sus pies descalzos estaban cortados y magullados, y sus piernas empezaban a fallar. Ansiaba descansar, pero era imposible si quería volver antes de la puesta de sol. El sol no espera a nadie, y cada vez se hundía más.

"¡Oh, cielos!", pensó, " ¡Y si no hubiera metido la pata tratando de hacer demasiado! ¿Y si llego demasiado tarde?"

Miró hacia la colina y hacia el sol. Todavía estaba lejos de su objetivo, y el sol ya estaba cerca del borde.

Pahóm siguió caminando; era muy duro caminar, pero cada vez iba más rápido. Siguió adelante, pero aún estaba lejos del lugar. Empezó a correr, tiró su abrigo, sus botas, su petaca y su gorra, y se quedó sólo con la pala que le servía de apoyo.

"¿Qué voy a hacer?", pensó de nuevo, "he agarrado demasiado, y he arruinado todo el asunto. No podré llegar antes de que se ponga el sol".

Y este temor le dejó aún más sin aliento. Pahóm siguió corriendo, con la camisa y los pantalones empapados y la boca reseca. Su pecho trabajaba como un fuelle de herrero, su corazón latía como un martillo y sus piernas cedían como si no le pertenecieran. Pahóm se sintió aterrorizado por la posibilidad de morir por el esfuerzo.

Aunque temía la muerte, no podía detenerse. "Después de haber corrido todo ese camino me llamarán tonto si me detengo ahora", pensó. Y siguió

corriendo, se acercó y oyó a los bashkirs gritar y vociferar hacia él, y sus gritos inflamaron aún más su corazón. Reunió sus últimas fuerzas y siguió corriendo.

El sol estaba cerca del borde, y envuelto en la niebla se veía grande y rojo como la sangre. Ahora, sí, ahora, estaba a punto de ponerse. El sol estaba bastante bajo, pero también estaba bastante cerca de su objetivo. Pahóm ya podía ver a la gente de la loma agitando los brazos para que se apresurara. Podía ver el gorro de piel de zorro en el suelo, y el dinero en él, y al Jefe sentado en el suelo sujetándose los costados. Y Pahóm recordó su sueño.

"Hay mucha tierra", pensó, "pero ¿me dejará Dios vivir en ella? ¡He perdido mi vida, he perdido mi vida! Nunca llegaré a ese lugar".

Pahóm miró el sol, que había llegado a la tierra: un lado de él ya había desaparecido. Con todas las fuerzas que le quedaban, se precipitó hacia adelante, doblando su cuerpo de tal manera que sus piernas apenas podían seguirlo con la suficiente rapidez para no caer. Justo cuando llegó a la colina, oscureció de repente. Miró hacia arriba: el sol ya se había puesto. Lanzó un grito: "Todo mi trabajo ha sido en vano", pensó, y estaba a punto de detenerse, pero oyó que los bashkirs seguían gritando, y recordó que aunque para él, desde abajo, el sol parecía haberse puesto, ellos en la loma aún podían verlo. Tomó un largo respiro y corrió hacia la colina. Todavía había luz. Llegó a la cima y vio la gorra. Ante él estaba sentado el Jefe riendo y sujetándose los costados. De nuevo Pahóm recordó su sueño y lanzó un grito: sus piernas cedieron bajo él, cayó hacia adelante y alcanzó la gorra con las manos.

"¡Ah, qué buen compañero!", exclamó el Jefe. "¡Ha ganado mucha tierra!"

El sirviente de Pahóm se acercó corriendo y trató de levantarlo, pero vio que le salía sangre de la boca. ¡Pahóm estaba muerto!

Los bashkírs chasquearon la lengua para mostrar su piedad.

Su sirviente cogió la pala y cavó una tumba lo suficientemente larga para que Pahóm pudiera acostarse y lo enterró en ella. Seis pies desde la cabeza hasta los talones era todo lo que necesitaba.

1886.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB